



LECTIO DIVINA

XIII semana del Tiempo Ordinario
Del 28 de junio al 04 de julio de 2020



“Deja la vitrina y salta para ser vaso,
lleno de agua viva.”

DOMINGO, 28 DE JUNIO DE 2020

La generosidad a la que nos invita Cristo.

Oración introductoria

Señor Jesús, que yo pueda cada día ser más generoso contigo teniendo la certeza que siempre cuento contigo.

Petición

Señor, ¡enséñame a tomar la cruz de cada día! Acrecienta en esta oración esa amistad personal e íntima contigo que me lleve a ponerte siempre en primer lugar.

Lectura del segundo libro de los Reyes (2 Re. 4, 8-11. 14-16ª)

Pasó Eliseo un día por Sunén. Vivía allí una mujer principal que le insistió en que se quedase a comer; y, desde entonces, se detenía allí a comer cada vez que pasaba. Ella dijo a su marido: «Estoy segura de que es un hombre santo de Dios el que viene siempre a vernos. Construyamos en la terraza una pequeña habitación y pongámosle arriba una cama, una mesa, una silla y una lámpara, para que cuando venga pueda retirarse». Llegó el día en que Eliseo se acercó por allí, y se retiró a la habitación de arriba, donde se acostó. Entonces se preguntó Eliseo: «¿Qué podemos hacer por ella?». Respondió Guejazi, su criado: «Por desgracia no tiene hijos, y su marido es ya anciano». Eliseo ordenó que la llamase. La llamó y ella se detuvo a la entrada. Eliseo le dijo: «El año próximo, por esta época, tú estarás abrazando un hijo»

Salmo (Sal 88, 2-3. 16-17. 18-19)

Cantaré eternamente las misericordias del Señor

Lectura de la carta a los Romanos (Rom. 6, 3-4. 8-11)

Hermanos: Cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús fuimos bautizados en su muerte. Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva. Si hemos muerto con Cristo, creemos que también viviremos con él; pues sabemos que Cristo, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Porque quien ha muerto, ha muerto al pecado de una vez para siempre; y quien vive, vive para Dios. Lo mismo vosotros, consideraos muertos al pecado y vivos para Dios en Cristo Jesús.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt. 10, 37-42)

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus apóstoles: «El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que quiere a su hijo o a su hija más que a mí no es digno de mí; y el que no carga con su cruz y me sigue no es digno de mí. El que encuentre su vida la perderá, y el que pierda su vida por mí la encontrará. El que os recibe a vosotros me recibe a mí, y el que me recibe, recibe al que me ha enviado; el que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá recompensa de profeta; y el que recibe a un justo porque es justo, tendrá recompensa de justo. El que dé a beber, aunque no sea más que un vaso de agua fresca, a uno de estos pequeños, solo porque es mi discípulo, en verdad os digo que no perderá su recompensa».

Releemos el evangelio

San Juan Crisóstomo (c. 345-407)

*presbítero en Antioquía, después obispo de Constantinopla, doctor de la Iglesia
Homilía sobre los Actos de los Apóstoles, n.º 45; PG 60, 318*

«El que os recibe a vosotros, a mí me recibe »

«El que recibe a uno de esos pequeños, me recibe a mí» dice el Señor (*Lc 10, 48*). Cuanto más pequeño es el hermano, más presente está Cristo en él. Porque cuando uno recibe a un gran personaje, a menudo lo hace por vanagloria; pero el que recibe a un pequeñuelo, lo hace con pura intención y sólo por Cristo. «Fui un extranjero, dice él, y me acogisteis.» Y dice aún: «Cada vez que lo habéis hecho a uno de estos pequeños, es a mí que me lo habéis hecho» (*Mt 25, 35-40*). Puesto que se trata de un creyente y de un hermano, ese será el más pequeño, y es Cristo quien entra con él. ¡Ábrele tu casa, recíbele!

«El que recibe a un profeta porque es profeta, tendrá paga de profeta.» Pues aquel que recibe a Cristo recibirá la paga de la hospitalidad de Cristo. No dudes de sus palabras, ten confianza en él. Él mismo nos ha dicho: «Soy yo quien está presente en ellos» Y para que no dudes de sus palabras, decreta un castigo para los que no lo reciben, y los honores para quienes le reciben (*Mt 25, 31s*) Y él no lo haría si no estuviera personalmente afectado por el honor o el menosprecio. «Tú me has recibido, dice, en tu casa; yo te recibiré en el Reino de mi Padre. Tú me has liberado del hambre; yo te liberaré de tus pecados. Me has visto encadenado; yo te haré ver tu liberación. Me has visto extranjero; yo haré de ti un ciudadano de los cielos. Tú me has dado pan; yo te daré el Reino como heredad en plena propiedad. Me has ayudado secretamente; yo lo proclamaré públicamente y diré que tú eres mi bienhechor y yo tu deudor.»

Palabras del Santo Padre Francisco

«Abrazar la vida se manifiesta también cuando damos la bienvenida a todo lo que no es perfecto, a todo lo que no es puro ni destilado, pero por eso no es menos digno de amor. ¿Acaso alguien por ser discapacitado o frágil no es digno de amor? Les pregunto: un discapacitado, una persona discapacitada, una persona frágil, ¿es digna de amor? [¡Sí!] No se oye bien... [¡Sí!] Entendieron. Otra pregunta. A ver cómo responden. Alguien por ser extranjero, por haberse equivocado, por estar enfermo o en una prisión ¿es digno de amor? [¡Sííí!] Y así lo hizo Jesús: abrazó al leproso, al ciego, al paralítico, abrazó al fariseo y al pecador. Abrazó al ladrón en la cruz e incluso abrazó y perdonó a quienes lo estaban crucificando. ¿Por qué? Porque solo lo que se ama puede ser salvado. Vos no podés salvar una persona, vos no podés salvar una situación, sino la amas. Solo lo que se ama puede ser salvado. ¿Lo repetimos? Solo lo que se ama puede ser salvado.» *(Discurso SS Francisco, 26 de enero de 2019)*

Meditación

El Evangelio del día pareciera que sonará un poco fuerte para nuestros oídos, puesto que vemos cómo Jesús nos dice: «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí...». En un primer momento podríamos incluso hasta rechazar esta doctrina tan fuerte, pero en realidad no es así, lo que Dios nos quiere decir es que seamos generosos con Él, que no nos reservemos nada de lo que Él nos vaya pidiendo a lo largo de nuestro día, de los meses, de los años, en conclusión, a lo largo de toda nuestra vida. A veces nos pide que le demos un ser querido, o que le demos un año de nuestra vida en una misión; a veces nos pide que seamos más delicados; cada quien pregúntese: ¿Señor qué es lo que Tú me pides?, y respondamos con el corazón.

¡Dios no se deja ganar en generosidad! Si nosotros realmente aceptamos con amor lo que nos pide, entonces contaremos con el Señor. Él nos dará lo necesario para llevar a cabo aquello que nos ha pedido. Dios nunca nos abandona; suena fuerte, pero, a veces, somos nosotros los que nos olvidamos de Él, y suena aún más fuerte el que no pasa un segundo sin que Dios no esté pensando en cada uno de nosotros, pero ¿lo creemos?

Si queremos un ejemplo, ahí tenemos el de la Virgen María, quien siendo generosa con el Señor, nunca se vio defraudada en aquél en quien había puesto su confianza.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

LUNES, 29 DE JUNIO DE 2020
SANTOS PEDRO Y PABLO, APÓSTOLES
Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo

Oración introductoria

Señor Jesús, te pido que te hagas presente en mi vida, y de forma especial en este momento de oración. Ayúdame a escuchar tu palabra, a interiorizar tu mensaje y a predicar tus enseñanzas con el ejemplo de mi vida cristiana, para ser así, un fiel colaborador en la extensión de tu reino. Amén.

Petición

Dios mío, que este tiempo de oración sea una expresión de mi amor.

Lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles (Hch 12, 1-11)

En aquellos días, el rey Herodes decidió arrestar a algunos miembros de la Iglesia para maltratarlos. Hizo pasar a cuchillo a Santiago, hermano de Juan. Al ver que esto agradaba a los judíos, decidió detener también a Pedro. Eran los días de los Ácimos. Después de prenderlo, lo metió en la cárcel, entregándolo a la custodia de cuatro piquetes de cuatro soldados cada uno; tenía intención de presentarlo al pueblo pasadas las fiestas de Pascua. Mientras Pedro estaba en la cárcel bien custodiado, la Iglesia oraba insistentemente a Dios por él. Cuando Herodes iba a conducirlo al tribunal, aquella misma noche, estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con cadenas. Los centinelas hacían guardia a la puerta de la cárcel. De repente; se presentó el ángel del Señor, y se iluminó la celda. Tocando a Pedro en el costado, lo despertó y le dijo: «Date prisa, levántate». Las cadenas se le cayeron de las manos, y el ángel añadió: «Ponte el cinturón y las sandalias». Así lo hizo, y el ángel le dijo: «Envuélvete en el manto y sígueme». Salió y lo seguía, sin acabar de creerse que era realidad lo que hacía el ángel, pues se figuraba que estaba viendo una visión. Después de atravesar la primera y la segunda guardia, llegaron al portón de hierro que daba a la ciudad, que se abrió solo ante ellos. Salieron y anduvieron una calle y de pronto se marchó el ángel. Pedro volvió en sí y dijo: «Ahora sé realmente que el Señor ha enviado a su ángel para librarme de las manos de Herodes y de toda la expectación del pueblo de los judíos».

Salmo (Sal 33, 2-3. 4-5. 6-7. 8-9)

El Señor me libró de todas mis ansias.

Lectura de la segunda carta del apóstol san Pablo a Timoteo (2 Tim 4, 6-8. 17-18)

Querido hermano: Yo estoy a punto de ser derramado en libación y el momento de mi partida es inminente. He combatido el noble combate, he acabado la carrera, he conservado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de la justicia, que el Señor, juez justo, me dará en aquel día; y no solo a mí, sino también a todos los que hayan aguardado con amor su manifestación. Mas el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas para que, a través de mí, se proclamara plenamente el mensaje y lo oyeran todas las naciones. Y fui librado de la boca del león. El Señor me libraré de toda obra mala y me salvará llevándome a su reino celestial. A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 16, 13-19)

En aquel tiempo, al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos: «¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?». Ellos contestaron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas». Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Simón Pedro tomó la palabra y dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». Jesús le respondió: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos».

Releemos el evangelio

San Bernardo (1091-1153)

monje cisterciense y doctor de la Iglesia

Primer sermón para la fiesta de los santos Pedro y Pablo, 1,3,5

**«Yo he pedido por ti, para que tu fe no se apague.
Y tú, cuando te recobres, da firmeza a tus hermanos» (Lc 22,32)**

Cristo Mediador «no cometió pecado ni encontraron daño en su boca» (1P 2,22). ¿Cómo me atreveré a acercarme a él, yo pecador, grandísimo pecador, cuyos pecados son más numerosos que la arena del mar? Él es el más puro de todo lo que existe, y yo el más impuro... Por eso Dios me ha dado estos apóstoles, que son hombres y pecadores, y pecadores muy grandes, que han aprendido de ellos mismos y de su propia experiencia hasta qué punto deben ser compasivos para con los demás. Culpables de grandes faltas, concederán fácilmente un pronto perdón a las grandes faltas y usarán la misma medida que ha servido para ellos (cf Lc 6,38).

El apóstol Pedro cometió un gran pecado, incluso es posible que no haya otro mayor. Recibió pronto y con facilidad el perdón de su pecado, hasta el punto que no perdió nada del privilegio de su primado. Y Pablo que había desencadenado sin límites, todo su furor contra la Iglesia naciente, es llevado a la fe al ser llamado por el mismo Hijo de Dios. Para pagar tanto mal se le llenó de tan grandes bienes y llega a ser «el instrumento elegido para dar a conocer el nombre del Señor a pueblos y reyes, y a los hijos de Israel» (Hch 9,15)...

Pedro y Pablo son nuestros maestros: han aprendido completamente del único Maestro de todos los hombres los caminos de la vida, y todavía hoy nos siguen enseñando.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Los santos Pedro y Pablo, que celebramos hoy, en los íconos se representan a veces sosteniendo el edificio de la Iglesia. Esto nos recuerda las palabras del Evangelio de hoy, en las que Jesús le dice a Pedro: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”. Es la primera vez que Jesús pronuncia la palabra “Iglesia”, pero más que en el sustantivo me gustaría invitaros a pensar en el adjetivo, que es un posesivo, “mía”: mi Iglesia. Jesús no habla de la Iglesia como una realidad exterior, sino que expresa el gran amor que tiene por ella: mi Iglesia. Quiere a la Iglesia, a nosotros. San Pablo escribe: “Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella”, es decir, explica el apóstol: Jesús ama a la Iglesia como su esposa. Para el Señor no somos un grupo de creyentes o una organización religiosa, somos su esposa. Él mira a su Iglesia con ternura, la ama con absoluta fidelidad, a pesar de nuestros errores y traiciones. Como ese día a Pedro, hoy nos dice a todos: “mi Iglesia, vosotros mi Iglesia”. Y nosotros también podemos repetirlo: mi Iglesia. No lo decimos con un sentido de pertenencia exclusiva, sino con un amor inclusivo. No para diferenciarnos de los demás, sino para aprender la belleza de estar con los demás, porque Jesús nos quiere unidos y abiertos.» *(Homilía SS Francisco, 29 de junio de 2019)*

Meditación

Puede que alguna vez en la oración nos cuestionemos quién es Jesucristo para cada uno de nosotros, pero es aún más importante que eso descubrir quién soy yo para Jesucristo.

En una ocasión durante un día de misiones en la ciudad de Nueva York, uno de los misioneros, deseoso de evangelizar, se acercó a un joven que cruzaba por allí para invitarlo a detenerse por un momento y hacer una pequeña oración. El joven escuchó al misionero y

respondió: No, gracias, yo... no creo en Dios. El misionero lo miró con tranquilidad y le dijo: No, pero Dios cree en ti.

Esta fue probablemente la experiencia de san Pablo en el momento de su conversión y la de san Pedro en este pasaje del evangelio. Su respuesta al Señor, no fue más que una consecuencia de la profunda experiencia de la confianza y el amor de Dios, por eso el Señor lo llama dichoso, porque había aceptado en su vida el hecho de que Él era su Salvador, Hermano y Dios.

Cuando no solo nuestros labios, sino también nuestro corazón logra decir: «Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios», es porque hemos comprendido la responsabilidad y misión particular que Dios nos ha dado en esta tierra, y la certeza de que los poderes del infierno no prevalecerán sobre ella.

Oración final

Señor Jesús, te damos gracia por tu Palabra que nos ha hecho ver mejor la voluntad del Padre. Haz que tu Espíritu ilumine nuestras acciones y nos comunique la fuerza para seguir lo que Tu Palabra nos ha hecho ver. Haz que nosotros como María, tu Madre, podamos no sólo escuchar, sino también poner en práctica la Palabra. Tú que vives y reinas con el Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén

Oración introductoria

Señor, gracias por este nuevo día, ayúdame a disfrutarlo a tu manera. Gracias por tu compañía, ayúdame a valorarla. Gracias por querer siempre cosas buenas para mí, ayúdame a confiar en Ti para permitirme recibirlas. Que tu gracia me acompañe, para que pueda yo permanecer fiel a Ti sin importar la situación.

Petición

Toma Señor mi corazón, llénalo de esperanza en ti. Aparta de mí toda desconfianza, todo temor y ayúdame a abandonarme en tus manos con la fe y el amor de un niño.

Lectura de la profecía de Amós (Am 3, 1-8; 4, 11-12)

Escuchas la palabra que el Señor ha pronunciado contra vosotros, hijos de Israel, contra toda tribu que saqué de Egipto: «Solo a vosotros he escogido de entre todas las tribus de la tierra. Por eso os pediré cuentas de todas vuestras transgresiones». ¿Acaso dos caminan juntos sin haberse puesto de acuerdo? ¿Acaso ruge el león en la foresta si no tiene una presa? ¿Deja el cachorro oír su voz desde el cubil si no ha apresado nada? ¿Acaso cae el pájaro en la red, a tierra, si no hay un lazo? ¿Salta la trampa del suelo si no tiene una presa? ¿Se toca el cuerno en una ciudad sin que se estremezca la gente? ¿Sucede una desgracia en una ciudad sin que el Señor la haya causado? Ciertamente, nada hace el Señor Dios sin haber revelado su designio a sus servidores los profetas. Ha rugido el león, ¿quién no temerá? El Señor Dios ha hablado, ¿quién no profetizará? Os trastorné como Dios trastornó a

Sodoma y Gomorra, y quedasteis como tizón sacado del incendio. Pero no os convertisteis a mí -oráculo del Señor-. Por eso, así voy a tratarte, Israel. Sí, así voy a tratarte: prepárate al encuentro con tu Dios.

Salmo (Sal 5, 5-6a. 6b-7. 8)

Señor, guíame con tu justicia.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 8, 23-27)

En aquel tiempo, subió Jesús a la barca, y sus discípulos lo siguieron. En esto se produjo una tempestad tan fuerte, que la barca desaparecía entre las olas; él dormía. Se acercaron y lo despertaron gritándole: «¡Señor, sálvanos, que perecemos!». Él les dice: «¿Por qué tenéis miedo, hombres de poca fe?». Se puso en pie, increpó a los vientos y al mar y vino una gran calma. Los hombres se decían asombrados: «¿Quién es este, que hasta el viento y el mar lo obedecen?».

Releemos el evangelio

San Alfonso María de Liguorio (1696-1787)

obispo y doctor de la Iglesia

*Conversando con Dios ("Manière de converser avec Dieu", éd. Le Laurier, 1988),
trad. sc@evangelizo.org*

¡Señor en ti confío!

No desagrada para nada a Dios que, a veces, se queje suavemente con él. No tema decirle: “¿Por qué te quedas lejos, Señor? (*Sal 9,22*). Tú sabes que sólo aspiro a tu amor. Por caridad, socórreme, no me abandones”.

Si la desolación se prolonga y su angustia es extrema, una su voz a la de Jesús, Jesús muriendo en la cruz. Dígale, implorando la piedad divina: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (*Mt 27,46*). Pero aproveche esa prueba. Primero para abajarse más, repitiéndose que no merecemos consuelo cuando hemos ofendido a Dios. Después, para avivar más su confianza, recordando que ya sea lo que haga o permita, Dios sólo tiene en vista su bien y “dispone de todas las cosas para el bien” de su alma (*cf. Rom 8,28*). Cuanto más la turbación y la falta de coraje lo asalten, más se debe armar de valor y gritar: “El Señor es mi luz y mi salvación, ¿a quién temeré?” (*Sal 26,1*). Sí, Señor, eres tú que me ilumina, eres tú que me salvarás, en ti confío, “Yo me refugio en ti, Señor, ¡que nunca me vea defraudado!” (*Sal 30,2*).

Establézcase así en la paz, con la certeza que “nadie que confió en el Señor quedó confundido” (*Eclo 2,10*), no se ha perdido nadie que haya puesto su confianza en Dios.

Palabras del Santo Padre Francisco

«La tempestad desenmascara nuestra vulnerabilidad y deja al descubierto esas falsas y superfluas seguridades con las que habíamos construido nuestras agendas, nuestros proyectos, rutinas y prioridades. Nos muestra cómo habíamos dejado dormido y abandonado lo que alimenta, sostiene y da fuerza a nuestra vida y a nuestra comunidad. La tempestad pone al descubierto todos los intentos de encajonar y olvidar lo que nutrió el alma de nuestros pueblos; todas esas tentativas de anestesiar con aparentes rutinas “salvadoras”, incapaces de apelar a nuestras raíces y evocar la memoria de nuestros ancianos, privándonos así de la inmunidad necesaria para hacerle frente a la adversidad.» (*Momento extraordinario de oración, SS Francisco, 27 de marzo de 2020*)

Meditación

En el Evangelio de hoy contemplamos a Jesús con sus discípulos en medio de la tempestad. La tempestad es fuerte y las olas cubren la barca. Cristo está presente, pero eso a los discípulos no les quita el temor ni la sensación de peligro. Quizás creían tener mucha fe en Él después de haber visto los milagros, pero, ahora con sus vidas en riesgo, no es tan fácil poner su certeza en Él cuando, si Él no es la respuesta, tienen mucho que perder. Su falta de certeza en Cristo los lleva a tener una gran sensación de desesperación.

Hay una cierta belleza en los momentos de tempestad, pues, a diferencia de los momentos de calma, los momentos difíciles, son difíciles porque ponen a prueba nuestras convicciones y los principios que rigen nuestras decisiones. Sacan a la luz todo aquello que no está consolidado en nosotros. Aquello que somos solo por inercia, o solo bajo ciertas circunstancias. Cuando Jesús, en aquella parábola, pide que edifiquemos la casa sobre roca, no dice que lo hagamos “por si llegaran las lluvias”. Las lluvias caen, y Él se refiere a ellas dándolas por hecho. Y así como los momentos de calma son importantes porque en ellos construimos, en los momentos de tempestad es donde se derrumba y remueve todo aquello que es efímero y que no está construido sobre la roca de Cristo.

Esto, no le quita el momento de desesperación a los discípulos. Les impresiona ver a Jesús hacer (o no hacer!) lo que no les parece que debería de estar haciendo. Pero Cristo les muestra que no tiene miedo de atravesar tempestades para sacar de ellos lo mejor. Al final, Jesús los vuelve a llamar a poner en Él, su certeza y a ver que Él es consciente de la situación. Aunque parezca que duerma, Cristo tiene el control en sus manos.

Oración final

Una edad a otra encomiará tus obras,
pregonará tus hechos portentosos.
El esplendor, la gloria de tu majestad,
el relato de tus maravillas recitaré. *(Sal 145,4-5)*

MIÉRCOLES, 01 DE JULIO DE 2020

¿Le pedirías consejo a un endemoniado?

Oración introductoria

Jesús, aquí me tienes para estar juntos. Tú me conoces, ves mi corazón tal cual es: bello y herido, fuerte pero frágil... Ven y tócalo, Jesús, para que sea más como el tuyo. María, tú que formaste el corazón de Jesús, ven y hazme un poco más como Él.

Petición

Jesús, ¡que venga siempre tu reino a mi corazón!

Lectura de la profecía de Amós (Am 5, 14-15. 21-24)

Buscad el bien, no el mal, y viviréis, y así el Señor, Dios del universo, estará con vosotros, como pretendéis. Odiad el mal y amad el bien, instaurad el derecho en el tribunal. Tal vez el Señor, Dios del universo, tenga piedad del Resto de José. «Aborrezco y rechazo vuestras fiestas - dice el Señor-, no acepto vuestras asambleas. Aunque me presentéis holocaustos y ofrendas, no me complaceré en ellos, ni miraré las ofrendas pacíficas con novillos cebados. Aparta de mí el estrépito de tus canciones; no quiero escuchar la melodía de tus cítaras. Que fluya como agua el derecho y la justicia como arroyo perenne».

Salmo (Sal 49, 7. 8-9. 10-11. 12-13. 16bc-17)

Al que sigue buen camino le haré ver la salvación de Dios.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 8, 28-34)

En aquel tiempo, llegó Jesús a la otra orilla, a la región de los gadarenos. Desde los sepulcros dos endemoniados salieron a su encuentro; eran tan furiosos que nadie se atrevía a transitar por aquel camino. Y le dijeron a gritos: «¿Qué tenemos que ver nosotros contigo, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí a atormentarnos antes de tiempo?». A cierta distancia, una gran piara de cerdos estaba paciendo. Los demonios le rogaron: «Si nos echas, mándanos a la piara». Jesús les dijo: «Id». Salieron y se metieron en los cerdos. Y la piara entera se abalanzó acantilado abajo al mar y murieron en las aguas. Los porquerizos huyeron al pueblo y lo contaron todo, incluyendo lo de los endemoniados. Entonces el pueblo entero salió a donde estaba Jesús y, al verlo, le rogaron que se marchara de su país.

Releemos el evangelio

*Santa Teresa de Ávila, virgen y doctora de la Iglesia
Camino de perfección 51*

Venga a nosotros tu reino

Pues dice el buen Jesús: *Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino.* Ahora mirad qué sabiduría tan grande de nuestro Maestro. Considero yo aquí, y es bien que entendamos, qué pedimos en este reino. Mas como vio su majestad que no podíamos santificar, ni alabar, ni engrandecer, ni glorificar, ni ensalzar este nombre santo del Padre eterno -conforme a lo poquito que podemos nosotros-, de manera que se hiciese como es razón, si no nos proveía su majestad con darnos acá su reino, y así lo puso el buen Jesús lo uno junto a lo

otro. Porque entendáis esto que pedimos, y lo que nos importa pedirlo y hacer cuanto pudiéramos para contentar a quien nos lo ha de dar, quiero decir aquí lo que yo entiendo.

El gran bien que hay en el reino del cielo -con otros muchos- es ya no tener cuenta con cosas de la tierra: un sosiego y gloria en sí mismos, un alegrarse todos, una paz perpetua, una satisfacción grande en sí mismos que les viene de ver que todos santifican y alaban al Señor y bendicen su nombre, y no le ofende nadie, todos le aman, y la misma alma no entiende en otra cosa sino en amarle, ni puede dejarle de amar, porque le conoce. Y así le amaríamos acá: aunque no en esta perfección y en un ser, mas muy de otra manera le amaríamos si le conociésemos.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Pensemos en otro padre, el del hijo endemoniado, cuando Jesús respondió: “Todo es posible para el que cree”; el padre, como dice claramente: “Yo creo, pero aumenta mi fe”. La fe en la oración. Rezar con fe, tanto cuando rezamos fuera [de un lugar de culto], como cuando venimos aquí y el Señor está ahí: pero ¿tengo fe o es un hábito? Tengamos cuidado en la oración: no caigamos en el hábito sin la conciencia de que el Señor está ahí, que estoy hablando con el Señor y que Él es capaz de resolver el problema.

La primera condición para la verdadera oración es la fe. La segunda condición que el mismo Jesús nos enseña es la perseverancia. Algunos piden pero la gracia no llega: no tienen esta perseverancia, porque en el fondo no la necesitan, o no tienen fe [...] **Y la tercera cosa que Dios quiere en la oración es la valentía.** Alguien puede pensar: ¿se necesita valor para rezar y estar ante el Señor? Se necesita. El coraje de estar ahí pidiendo y yendo adelante, casi, casi-no quiero decir herejía-, pero casi como amenazando al Señor.» *(Homilía de S.S. Francisco, 23 de marzo de 2020).*

Meditación

En el Evangelio de hoy, extrañamente, lo podemos hacer. Y no a uno, sino a dos. ¿Cómo? Relee el pasaje de hoy: primero, salen al encuentro de Jesús. Tú, ¿puedes salir hoy a su encuentro? ¿Por qué has dado esa respuesta? Puedes hablar de esto con Jesús. En segundo lugar, los endemoniados le preguntan a Jesús: «¿Qué quieres de nosotros, Hijo de Dios?» Tú, ¿puedes o quieres hacerle esta pregunta a Jesús? ¿Por qué o por qué no? De nuevo, puedes conversar con Jesús sobre esto. Recuerda: Él no viene a «atormentarte antes del tiempo señalado», sino a liberarte de tu pecado y del mal en tu vida. Él mismo dijo: «He venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia». (*Jn 10,10*)

Oración final

Es Yahvé clemente y compasivo,
tardo a la cólera y grande en amor;
bueno es Yahvé para con todos,
tierno con todas sus creaturas. (Sal 145,8-9)

JUEVES, 02 DE JULIO DE 2020

Curación de alma y cuerpo...

Oración introductoria

Espíritu Santo, ilumina mis ojos para contemplar el rostro de Cristo; dirige mis pasos para seguir el camino que Tú me indicas; dame tu fuerza y sabiduría para glorificar al Padre y llegar al final de este día habiendo extendido un poco más tu Reino.

Petición

Jesús, dame la gracia de saber buscar los bienes que me lleven a crecer en el amor.

Lectura de la profecía de Amos (Am 7, 10-17)

En aquellos días, Amasías, sacerdote de Betel, envió un mensaje a Jeroboan, rey de Israel: «Amós está conspirando contra ti en medio de Israel. El país no puede ya soportar sus palabras. Esto es lo que dice Amós: Jeroboán morirá a espada, e Israel será deportado de su tierra». Y Amasías dijo a Amós: «Vidente: vete, huye al territorio de Judá. Allí podrás ganarte el pan, y allí profetizarás. Pero en Betel no vuelvas a profetizar, porque es el santuario del rey y la casa del reino». Pero Amós respondió a Amasías: «Yo no soy profeta ni hijo de profeta. Yo era un pastor y un cultivador de sicomoros. Pero el Señor me arrancó de mi rebaño y me dijo: “Ve, profetiza a mi pueblo Israel”. Pues bien, escucha la palabra del Señor: Tú me dices: “No profetices sobre Israel y no vaticines contra la casa de Isaac”. Por eso, esto dice el Señor: “Tu mujer deberá prostituirse en la ciudad, tus hijos y tus hijas caerán por la espada, tu tierra será repartida a cordel, tu morirás en un país impuro e Israel será deportado de su tierra”».

Salmo (Sal 18, 8. 9. 10. 11)

Los mandamientos del Señor son verdaderos y enteramente justos.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 9, 1-8)

En aquel tiempo, subió Jesús a una barca, cruzó a la otra orilla y fue a su ciudad. En esto le presentaron un paralítico, acostado en una camilla. Viendo la fe que tenían, dijo al paralítico: «¡Ánimo, hijo!, tus

pecados te son perdonados». Algunos de los escribas se dijeron: «Este blasfema». Jesús, sabiendo lo que pensaban, les dijo: «¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir: “Tus pecados te son perdonados”, o decir: “Levántate y echa a andar”? Pues, para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados -entonces dice al paralítico-: “Ponte en pie, coge tu camilla y vete a tu casa”». Se puso en pie y se fue a su casa. Al ver esto, la gente quedó sobrecogida y alababa a Dios, que da a los hombres tal potestad.

Releemos el evangelio

San Jerónimo, presbítero

Homilía a los recién bautizados, sobre el salmo 41

Pasaré al lugar del tabernáculo admirable

Que el Padre sea fuente, lo hallamos escrito en el libro de Jeremías: *Me abandonaron a mí, fuente de agua viva y cavaron aljibes, aljibes agrietados, que no retienen el agua.* Acerca del Hijo, leemos en otro lugar: *Abandonaron la fuente de la sabiduría.* Y del Espíritu Santo: *El que bebe del agua que yo le daré, nacerá dentro de él un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna,* palabras cuyo significado nos explica luego el evangelista, cuando nos dice que el Salvador se refería al Espíritu Santo. De todo lo cual se deduce con toda claridad que la triple fuente de la Iglesia es el misterio de la Trinidad.

Esta triple fuente es la que busca el alma del creyente, el alma del bautizado, y por eso dice: *Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo.* No es un tenue deseo el que tiene de ver a Dios, sino que lo desea con un ardor parecido al de la sed. Antes de recibir el bautismo, se decían entre sí: *¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?* Ahora ya han

conseguido lo que deseaban: han llegado a la presencia de Dios y se han acercado al altar y tienen acceso al misterio de salvación.

Palabras del Santo Padre Francisco

«Jesús está en Cafarnaún y la multitud se reúne a su alrededor. A través de una abertura hecha en el techo de la casa, algunos le traen un hombre acostado en una camilla. La esperanza es que Jesús cure al paralítico, pero despacha a todos diciendo: "Hijo, tus pecados te son perdonados". Sólo entonces le ordenará que se levante, tome la camilla y se vaya a casa. Con sus palabras Jesús nos permite ir a lo esencial. Es un hombre de Dios, sanó, pero no era un sanador, enseñaba, pero era más que un maestro y frente a la escena que se le presenta va a lo esencial: Mira al paralítico y le dice: "Tus pecados están perdonados". La curación física es un regalo, la salud física es un regalo que debemos cuidar. Pero el Señor nos enseña que también la salud del corazón, la salud espiritual, debemos custodiarla.» *(Homilía de S.S. Francisco, 17 de enero de 2020, en santa Marta).*

Meditación

Muchas veces, como san Pablo, no hacemos el bien que queremos, sino que obramos el mal que no queremos ¿Qué hacer ante las dificultades que encaramos día a día, las tentaciones que nos acechan sin tregua alguna, y nuestra misma naturaleza caída? Clamamos a Dios pidiendo ayuda, esperamos por una respuesta que, a veces, parece llegar tarde o que simplemente no da señas de llegar nunca.

Jesucristo nos recuerda hoy que, para dejarle obrar en nuestras vidas, es indispensable la fe. La fe es como la gasolina del coche, sin ella no podemos ir a ninguna parte, nos quedaríamos siempre en el mismo sitio; ella es irremplazable, única y necesaria, nos capacita para

escuchar la voz de Dios, incluso en medio del silencio y la desesperación. Gracias a la fe, Jesús perdona los pecados del parálítico y le devuelve la salud.

La salud que Cristo concede inicialmente al parálítico, aquella del alma, parece no satisfacer las expectativas del pueblo, quien tenía en mayor estima la salud corporal. El Señor nos invita a vivir con alegría, la esperanza de la vida futura, y nos anima a no olvidar que la muerte corporal no es el fin, sino tan solo el inicio de la Vida.

Oración final

Los preceptos de Yahvé son rectos,
alegría interior;
el mandato de Yahvé es límpido,
ilumina los ojos. *(Sal 19,9)*

VIERNES, 03 DE JULIO DE 2020
SANTO TOMÁS, APÓSTOL

Tocar el amor que me da fe en Él.

Oración introductoria

Señor, que en los momentos cuando no te siento cerca pueda descubrir tu presencia amorosa y, aunque no la vea con los ojos físicos, sepa que Tú estás ahí conmigo. Dame la fe que necesito para creer en tu amor y poder entrar en tu presencia cada vez que recuerdo cuánto me amas.

Petición

Jesús, líbrame de mis dudas y dame una fe grande, como la de la Virgen María.

Lectura de la carta del apóstol san Pablo a los Efesios (Ef 2, 19-22)

Hermanos: Ya no sois extranjeros ni forasteros, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios. Estáis edificados sobre el cimiento de los apóstoles y profetas, y el mismo Cristo Jesús es la piedra angular. Por él todo el edificio queda ensamblado, y se va levantando hasta formar un templo consagrado al Señor. Por él también vosotros entráis con ellos en la construcción, para ser morada de Dios, por el Espíritu.

Salmo (Sal 116, 1. 2)

Id al mundo entero y proclamad el Evangelio.

Lectura del santo Evangelio según san Juan (Jn 20, 24-29)

Tomás, uno de los Doce, llamado el Mellizo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Y los otros discípulos le decían: «Hemos visto al Señor». Pero él les contestó: «Si no veo en sus manos la señal de los clavos, si no meto el dedo en el agujero de los clavos y no meto la mano en su costado, no lo creo». A los ocho días, estaban otra vez dentro los discípulos y Tomás con ellos. Llegó Jesús, estando cerradas las puertas, se puso en medio y dijo: «Paz a vosotros». Luego dijo a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado; y no seas incrédulo, sino creyente». Contestó Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!». Jesús le dijo: «¿Porque me has visto has creído? Bienaventurados los que crean sin haber visto».

Releemos el evangelio

San Antonio de Padua (1195-1231)

franciscano, doctor de la Iglesia

Domingo de la octava de Pascua (“Une Parole évangélique”, Franciscaines, 1995),

¡Santa duda del discípulo Tomás!

Tomás dijo a los discípulos: “Si no veo la marca de los clavos en sus manos, si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré” (*Jn 20,25*). Tomás significa “abismo”, porque por su duda adquirió un conocimiento más profundo y se volvió más firme en su fe. (...) No fue por azar sino por una disposición divina que Tomás estaba ausente y no quiso creer en lo que había escuchado. ¡Admirable designio! ¡Santa duda del discípulo!

“Si no veo la marca de los clavos en sus manos”, exclamó Tomás. Quería ver re-edificada la tienda de David que había caído y de la cual Amós había dicho: “Aquel día, yo levantaré la choza derruida de David, repararé sus brechas, restauraré sus ruinas, y la reconstruiré como en los tiempos pasados” (*Am 9,11*). David designa la divinidad. La tienda, el cuerpo mismo de Cristo, caído, anonadado en la muerte y pasión, en el que estuvo la divinidad, como en una tienda. Las brechas de los muros designan las heridas de las manos, de los pies y del costado. Son heridas que el Señor repara en su Resurrección. De ellas Tomás dijo: “Si no veo la marca de los clavos en sus manos, si no pongo el dedo en el lugar de los clavos y la mano en su costado, no lo creeré”.

El Señor comprensivo no quiso dejar en la duda a su discípulo sincero, que se volvería un vaso de elección. Con un gesto de bondad eliminó de su espíritu el humo de la duda, como quitó a Pablo la ceguera de la infidelidad. Dijo a Tomás: “Trae aquí tu dedo: aquí están mis manos. Acerca tu mano: Métela en mi costado. En adelante no seas incrédulo, sino hombre de fe”. Tomás respondió: “¡Señor mío y Dios mío!” (*Jn 20,27-28*).

Palabras del Santo Padre Francisco

«Hoy asistimos a la resurrección del discípulo. Había transcurrido una semana, una semana que los discípulos, aun habiendo visto al Resucitado, vivieron con temor, con “las puertas cerradas”, y ni siquiera lograron convencer de la resurrección a Tomás, el único ausente. ¿Qué hizo Jesús ante esa incredulidad temerosa? Regresó, se puso en el mismo lugar, «en medio» de los discípulos, y repitió el mismo saludo: “Paz a vosotros”. Volvió a empezar desde el principio. La resurrección del discípulo comenzó en ese momento, en esa misericordia fiel y paciente, en ese descubrimiento de que Dios no se cansa de tendernos la mano para levantarnos de nuestras caídas. Él quiere que lo veamos así, no como un patrón con quien tenemos que ajustar cuentas, sino como nuestro Papá, que nos levanta siempre. En la vida avanzamos a tientas, como un niño que empieza a caminar, pero se cae; da pocos pasos y vuelve a caerse; cae y se cae una y otra vez, y el papá lo levanta de nuevo. La mano que siempre nos levanta es la misericordia. Dios sabe que sin misericordia nos quedamos tirados en el suelo, que para caminar necesitamos que vuelvan a ponernos en pie.» *(Homilía de S.S. Francisco, 19 de abril de 2020).*

Meditación

Muchas veces nos podemos preguntar si a Dios le interesan nuestros sufrimientos porque, en cierta medida, parece que no. Él puede estar muy lejos o se nos puede hacer como alguien que no es importante en nuestra vida, un gran desconocido del que nos han hablado, pero hasta ahí.

Más allá de experiencias que hayamos tenido en las que no hemos conocido quién es Dios de verdad, o que no se nos ha presentado como eso, tenemos un deseo muy fuerte en el corazón de conocer a ese alguien que nos ama infinitamente y nos lo hace saber.

En la vida vamos buscando quién nos ama y a quién amar. Primero en nuestra familia, después con los amigos, el amor de esposos, de padres y abuelos, así podemos resumir nuestro peregrinar aquí en la tierra, como un camino de amar y ser amado. Pero ¿hay un amor que no se acaba, que nunca falla que es infinito y que da la vida por mí?

Ante tan gran incógnita no podemos más que recorrer lugares a donde vamos para encontrar respuestas a las preguntas más profundas de nuestro corazón: la Palabra de Dios. Ésta nos habla de un hombre quien, al no haber visto a Cristo resucitado, no cree; su fe necesita pruebas. Es como el amor que sólo de palabra está a la mitad porque necesita también las obras que lo hagan palpable. Ante esta situación, Cristo le sale al encuentro para que, a través de la prueba de su amor, él puede tocar literalmente y llegar a la conclusión de creer en el amor que no se acaba.

Pidámosle al Señor que nos conceda una experiencia profunda de su amor para que digamos como Santo Tomás: «¡Señor mío y Dios mío!».

Oración final

¡Alabad a Yahvé, todas las naciones,
ensalzadlo, pueblos todos!
Pues sólido es su amor hacia nosotros,
la lealtad de Yahvé dura para siempre. *(Sal 117)*

Oración introductoria

Jesús, aquí estoy para estar contigo. Concédeme que quiera estar contigo. Concédeme tener sed de Ti. Concédeme que me conozca, que conozca tu gran amor por mí, y que me arrepienta de verdad de mis pecados. María, madre de Jesús y madre mía, acompáñame en este momento de oración.

Petición

Señor, concédeme amarte por encima de todas las cosas.

Lectura de la profecía de Amos (Am 9, 11-15)

Esto dice el Señor: «Aquel día levantaré la cabaña caída de David, repararé sus brechas, restauraré sus ruinas y la reconstruiré como antaño, para que posean el resto de Edón y todas las naciones sobre las cuales fue invocado mi nombre -oráculo del Señor que hace todo esto-. Vienen días -oráculo del Señor- cuando se encontrarán el que ara con el que siega, y el que pisa la uva con quien esparce la semilla; las montañas destilarán mosto y las colinas se derretirán. Repatriaré a los desterrados de mi pueblo Israel; ellos reconstruirán ciudades derruidas y las habitarán, plantarán viñas y beberán su vino, cultivaran huertos y comerán sus frutos. Yo los plantaré en su tierra, que yo les había dado, y ya no serán arrancados de ella -dice el Señor, tu Dios-».

Salmo (Sal 84, 9. 11-12. 13-14)

Dios anuncia la paz a su pueblo.

Lectura del santo Evangelio según san Mateo (Mt 9, 14-17)

En aquel tiempo, los discípulos de Juan se acercan a Jesús, preguntándole: «¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos a menudo y, en cambio, tus discípulos no ayunan?». Jesús les dijo: «¿Es que pueden guardar luto los amigos del esposo, mientras el esposo está con ellos? Llegarán días en que les arrebatarán al esposo, y entonces ayunarán. Nadie echa un remiendo de paño sin remojar a un manto pasado; porque la pieza tira del manto y deja un roto peor. Tampoco se echa vino nuevo en odres viejos; porque revientan los odres: se derrama el vino y los odres se estropean; el vino nuevo se echa en odres nuevos y así las dos cosas se conservan».

Releemos el evangelio

San Cirilo de Jerusalén, obispo

(Catequesis 1,2-3.5-6; PG 33,371.375-378)

*Reconoce el mal que has hecho,
ahora que es el tiempo propicio*

Si hay aquí alguno que esté esclavizado por el pecado, que se disponga por la fe a la regeneración que nos hace hijos adoptivos y libres; y así, libertado de la pésima esclavitud del pecado y sometido a la dichosa esclavitud del Señor, será digno de poseer la herencia celestial. Despojaos, por la confesión de vuestros pecados, del hombre viejo, viciado por las concupiscencias engañosas, y vestíos del hombre nuevo que se va renovando según el conocimiento de su creador. Adquirid, mediante vuestra fe, las arras del Espíritu Santo, para que podáis ser recibidos en la mansión eterna. Acercaos a recibir el sello sacramental, para que podáis ser reconocidos favorablemente por aquel que es vuestro dueño. Agregaos al santo y racional rebaño de Cristo, para que un día, separados a su derecha, poseáis en herencia la vida que os está preparada.

Porque los que conserven adherida la aspereza del pecado, a manera de una piel velluda, serán colocados a la izquierda, por no haberse querido beneficiar de la gracia de Dios, que se obtiene por Cristo a través del baño de regeneración. Me refiero no a una regeneración corporal, sino al nuevo nacimiento del alma. Los cuerpos, en efecto, son engendrados por nuestros padres terrenos, pero las almas son regeneradas por la fe, porque *el Espíritu sopla donde quiere*. Y así entonces, si te has hecho digno de ello, podrás escuchar aquella voz: *Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor*, a saber, si tu conciencia es hallada limpia y sin falsedad.

Limpia tu recipiente, para que sea capaz de una gracia más abundante, porque el perdón de los pecados se da a todos por igual, pero el don del Espíritu Santo se concede a proporción de la fe de cada uno. Si te esfuerzas poco, recibirás poco, si trabajas mucho, mucha será tu recompensa. Corres en provecho propio, mira, pues, tu conveniencia.

Si tienes algo contra alguien, perdónalo. Vienes para alcanzar el perdón de los pecados: es necesario que tú también perdones al que te ha ofendido.

Palabras del Santo Padre Francisco

«No se trata simplemente de replantear las motivaciones para mejorar lo que ya hacéis. La conversión misionera de las estructuras de la Iglesia requiere santidad personal y creatividad espiritual. Por lo tanto, no solo renovar lo viejo, sino permitir que el Espíritu Santo cree lo nuevo. No nosotros: el Espíritu Santo. Hacer espacio al Espíritu Santo, dejarle que cree algo nuevo, que haga nuevas todas las cosas. Él es el protagonista de la misión: es él el “jefe de la oficina” de las Obras Misionales Pontificias. Es él, no nosotros. No tengáis miedo de la novedad que proviene del Señor Crucificado y Resucitado: esta

novedad es hermosa. Temed otras novedades: esas no están bien. Las que no vienen de esa raíz. Sed audaces y valientes en la misión, colaborando con el Espíritu Santo en comunión con la Iglesia de Cristo. Y esta audacia significa caminar con la valentía, con el fervor de los primeros que anunciaron el Evangelio. Que vuestro libro frecuente de oración y de meditación sea los Hechos de los Apóstoles. Id allí a encontrar inspiración. Y el protagonista de este libro es el Espíritu Santo.» *(Discurso de S.S. Francisco, 1 de junio de 2018).*

Meditación

Los discípulos de Juan fueron con Él para pedir que explicara una aparente injusticia: mientras ellos ayunaban, los que seguían a Jesús comían y bebían. Tú, ¿tienes alguna pregunta que le quieras hacer a Jesús? No tiene que ser algo profundo. Sólo deja que tu corazón hable. Jesús es todo oídos para ti. ¿Hay algún por qué o un para qué que no tienes claro? Ahora es el momento de sacarlo y mostrarlo al Señor. Sólo recuerda: rezar con fe es «escuchar, caminar, dialogar hasta incluso discutir, pero siempre dispuestos a acoger la Palabra de Dios y ponerla en práctica». *(Papa Francisco, Audiencia General, 3 junio 2020)*

Oración final

Escucharé lo que habla Dios.
Sí, Yahvé habla de futuro
para su pueblo y sus amigos,
que no recaerán en la torpeza. *(Sal 85,9)*